



guardada *in pectore* para la hora de la muerte.

Ahora voy á referir los pormenores del gran delito de lesa civilización. En la plaza, que no diré pública, de esta ciudad, porque es el lugar ménos público de ella á consecuencia del incendio de 1867, y en frente de una de las dos únicas casas de ella, que es la de mi habitación, comencé por mí mismo la referida quema, ayudado de tres niños á quienes no encomendé la operación porque temi sustrajeran algún libro de la hoguera.

Presentáronse uno en pos de otro, dos sujetos de aquellos en que el corazón no va de acuerdo con la cabeza; es decir, que con buenos sentimientos claudican ó cojean á uno y otro lado en cuanto á ideas, que ni son católicos decididos ni decididos libres-pensadores, y que quisieran que fuera posible un avenimiento entre el error y la verdad. Meneaba yo mi hoguera y volteaba los volúmenes. (aunque es mala la comparación) como los civilizados romanos al mártir San Lorenzo, cuando el más joven de los dos sujetos, detras de una sonrisa, me dirigió esta pregunta doble: ¿Qué libros quema usted, y de quién eran? Aticé mi hoguera, y luego volviéndome, le dije: "Quemo los libros de los dos grandes enemigos de dos cosas grandes: de la Patria y del Pudor."

Pudiera haberle dicho: de los enemigos de Dios; pero no lo dije porque hay personas para quienes el nombre de Dios es como una moda ya pasada; y que es capaz de sacar al rostro los colores. Hice una ligera pausa, y continué: "Quemo los libros del autor de las *Confesiones*, parodia miserable de las de San Agustín, pues en las de éste brilla la penitencia, y en las de aquel campea la desvergüenza. Si usted ha oído hablar de las *Confesiones* de Rousseau, convendrá en que lo estoy quemando por el delito de lesa ingratitud. Quemo los libros de Voltaire, del enemigo de Francia, del juglar de Federico II de Prusia, de aquella Prusia que ha abatido á la Francia como en castigo de haber levantado hace poco tiempo una estatua al mal patriota: quemo, en fin, las obras del que en ellas se atrevió á ultrajar una de las mayores glorias de la Francia, á Juana de Arco, sin respetar ni su heroísmo ni su sexo. Quemo los libros de los dos hombres que han quemado á París por manos de sus discípulos, y que se prepararon para

quemar el mundo. Me pregunta usted quién me dió esos libros? Un católico!" A esta palabra enmudecimos ambos; no sin desaparecer de sus labios la sonrisa y de mi semblante una ráfaga de aquella ira de que habla el Rey Profeta, y que no es propiamente ira, sino justa indignación.

El señor L. A. R. concluye por decir que he ejecutado un hecho malo, que puede servir de preparativo para que los ignorantes y los niños inocentes presencien otros más terribles sin escrúpulo ninguno.

El escrúpulo es un fenómeno de la conciencia; la conciencia es tenida en nada por el maestro Bentham; luego el señor L. A. R., no se muestra ya neto benthamista, como parece lo era. Esto en cuanto á escrúpulo; que en cuanto á conciencia recta, procuro formarla en los niños, y en los ignorantes de manera que aprendan á quemar los libros malos en el fuego de la hoguera; y á abrasar á sus propios enemigos y los de la santa Iglesia en el fuego de la caridad, siguiendo siempre aquella máxima del Divino Redentor: "no quiero que muera el pecador, sino que se convierta y viva."

Riohacha 24 de Octubre de 1873.

RAFAEL CELEDON, Pbro.

#### CONTRA LOS ENTIERROS SOLIDARIOS.

LA Asamblea francesa ha dictado una ley en que se prohíbe que se entierro ningún cadáver despues de las seis de la mañana de aquellas personas que no hayan pertenecido en vida á alguno de los cultos reconocidos por la Nación, á saber: el católico, el judío, y el protestante en estas dos solas ramas, luterana y calvinista.

#### ROMANCE EN CUATRO IDIOMAS.

El poeta colombiano Joaquin Pablo Posada ha tenido la particular originalidad de escribir para un álbum un romance en inglés, español, francés é italiano. Hé aquí ese romance, que no carece de mérito.

EN UN ALBUM.

Thine eyes are the eyes of an angel  
Que incendian el corazón,  
Et, qui voit ta bouche charmante  
Senza tremare d'amor?

Snow and rose over thy face  
Amoroso mezcla el sol;  
Sur tes Jones brillent les nuances  
Della regina dei fior.

Thy smart and gentle shape  
Do Venus su cinta ató,  
Et où séjournent les Grâces  
Le stesso Iddio lo formò.

Mayst thou live long and happy,  
Feliz bogotana flor,  
Que si je te vois heureuse  
Anche felice sarò.

#### CONSIDERACIONES

sobre la naturaleza, por Virey.

(Conclusion.)

Quando la noche tiende su oscuro velo sobre la tierra, y el silencio bajando de las estrellas, derrama un blando letargo sobre los animales y las plantas, el naturalista contemplativo, que medita en la soledad, oye el graznido fúnebre del buho; el tronco cavernoso de las encinas parece repetir los sordos murmurios de los espíritus, el rumor de los tiempos que fueron; los animales nocturnos salen entónces de sus madidas; el murciélago revolotea; los penetrantes ojos del linca resplandecen en la oscuridad; el anoli silva en las ramas; protas de cangrejo suben del seno de los mares, y vienen á pasar por la playa. Al traves de los negros abetos, la luna se refleja en las peñas, que bañadas de su pálida luz semejan fantasmas de la noche. Musgosas piedras repiten los gemidos de la fuente; las amapolas reclinan sus cabezas bermejas. La tierra enmudece; los vientos duermen; y sólo se oye á lo lejos la flauta quejumbrosa de los pastores.

¿Cuántas otras escenas se nos presentan bajo diversos climas! Ved esos yermos abrasados del Africa, esos mares de arena desnuda, en que el viajero sediento suspira en vano por la sombra del bosque y por el cristal de la fuente. Acá y allá una palma solitaria balanza en el aire su pardo fuste y frondoso capitel de verdura. La cebra ha fijado aquí su domicilio ignorando el freno del jinete y la prision del establo, viaja en

numerosas tropas, y toma á su arbitrio de la yerba salada de esta ó de aquella colina. El avestruz confía sus huevos al sol; y corriendo con las alas abiertas, desaparece á la vista del cazador, que le persigue á caballo. Entre los corpulentos juncos de un marjal, se revuelca el rinoceronte en el fango, hendiendo á cornadas los arbustos de que se alimenta, ó hinchendo de sus clamores el desierto. Jaspadas serpientes arrastran su vasto volumen, imprimiendo dilatados surcos en el lodo; sus ojos encendidos, la baba venenosa que escupen, su infecto aliento, las hacen objetos de horror á toda la naturaleza animada. Escondidas bajo la yerba, al pié de una acacia, acechan su presa, y cuando la tímida gacelo viene á templar la sed en el arroyo vecino, se lanza el reptil de repente, la envuelve en sus robustas roscas, le quebranta los huesos, y abriendo sus pavorosas fauces la engulle poco á poco y la sepulta casi entera en su vientre. El leon tendido el cuello, la melena erizada, se azota los flancos con la cola, estremece los peñascos con su ronco rugido, y atemoriza á todos los habitantes de la selva. El rey de las fieras ataca alguna vez al cocodrilo; con las fauces abiertas, los ojos inflamados, la garra extendida, esto reptil aguarda denodadamente á su terrible adversario, que midiendo la distancia, se arroja sobre él de un salto, y á pesar de las duras escamas de que está guarnecido, le abre de una dentellada la piel. El fiero reptil da un grito espantoso, y espumajeando de rabia, se esfuerza en despolazar con sus uñas al leon, que superior en agilidad le fatiga. La tierra se ensangrienta; el clamor de los combatientes se oye á distancia, y la victoria permanece largo tiempo indecisa; hasta que por fin el leon postra á su porfiado enemigo, y desgarrándole las entrañas, se sacia de venganza y de sangre.

¿Pero qué voz desconocida es la que llama las aves viajeros á los climas templados de Europa? No bien termina el invierno, cuando abandonan en bandadas las orillas del Africa. Encomendándose al viento, pasan al otro lado del mar, visitan los reinos de la tierra, y posando sobre el suelo que les brinda hospedaje, lo saludan con cánticos amorosos. Allí encuentran festines preparados por la mano de la naturaleza; allí reconocen los campos paternos, en que desplegaron por la primera vez las alas.

La oropéndola halla su olmo; el ruiseñor, su enramada; cada cual forma alianzas nuevas y se prepara placeres nuevos. Pero cumplida la ley de la naturaleza, ape-